

M. Regla Prieto, *La esfera de lo divino*, Sevilla, Ediciones Ulises, 2016, 393, pp.

Se sabe de sobra que la novela histórica ha ido incrementando su presencia editorial en España desde hace no pocas décadas, y actualmente su recepción por los lectores es muy notable, y sigue en alza. No menos sabido es también que no son pocas las escritoras españolas que han acometido esta modalidad literaria con probado éxito. Al margen de que se pueda ser fiel a tal o cual escritora concreta, y se lean sus incursiones en esta modalidad literaria, este subgénero tiene la doble ventaja de que, con indiferencia de quien haya escrito una novela determinada, atrae al público que gusta de la narrativa y tanto o más de conocer hechos históricos por otra vía distinta a la de los libros centrados en temáticas historiales.

Normalmente, el novelista ha de documentarse mucho para acometer una obra de estas características. Pero puede ocurrir que el relato nazca como consecuencia de una suerte de continuidad de los conocimientos previos ya adquiridos y muy sólidos del autor acerca de un asunto cualquiera de la historia de España. Ese es el supuesto de la novela *La esfera de lo divino*, de la gaditana María Regla Prieto. Especialista en filología clásica, a la que se deben, entre otras aportaciones a su campo, un *Epistolario latino de Luisa Sigea* (2007), la escritora había trabajado con intensidad en una cuestión tan insólita como postergada de la historia de España, la de los clérigos homicidas. Dos de sus estudios al respecto los firmó en colaboración con Salvador Daza. Uno de ellos iba a resultar el germen de *La esfera de lo divino*. Se trata de *Proceso criminal contra fray Pablo de San Benito en Sanlúcar de Barrameda* (1774). Este libro inspira su primera incursión novelística, la cual no es, sin embargo, su inaugural entrega narrativa, en la que se había iniciado con los relatos que agrupó bajo el título de *Naufragio* (2006), y que ha proseguido recientemente con las narraciones de *La mirada de Perséfone* (2017). Su bibliografía sobre crímenes cometidos por religiosos no se ha limitado tampoco al caso de Fray Pablo de San Benito, sino que en esta línea deben citarse aportes como *Lucifer con hábito y sotana. Clérigos homicidas en España y América 1556-1834* (2013) y *De la santidad al crimen: clérigos homicidas en España (1835-1821)* (2015).

La esfera de lo divino permite diversos acercamientos caracterizadores. Parte de un crimen real sucedido en la España de 1774, en la localidad gaditana de Sanlúcar de Barrameda. El criminal fue fray Pablo de San Benito, de la Orden carmelitana. La víctima iba a ser una bella joven, María Luisa Tassara, con la que el religioso se había obsesionado. Estos datos, que ya atrapan al lector potencial nada más leer la solapa del libro, admiten adscribir la obra como novela negra y como novela histórica ficcionalizada en torno a un crimen de género realizado por un clérigo. Por el perfil del caso, estamos ante el relato de un *femicrime*, como diría la crítica anglosajona. Parte de la obra pudiera considerarse asimismo como una suerte de novela epistolar, y bastantes de sus páginas rozan la novela psicológica. Puestos a añadir aproximaciones, hasta cabría entender que *La esfera de lo divino* pudiera verse como una novela de índole amorosa, sobre todo atendiendo a su final y poniendo énfasis en él.

De algún modo también resulta un libro de viajes, y en distintos sentidos. Hay viajes provocados por el suceso criminal y sus consecuencias. Algunos son de carácter ultramarino, y transatlántico, lo que no determina mayor importancia significativa, pero sí hay un viaje simbólico de uno de los protagonistas, Francisco de Vargas, que intentará saber a ciencia cierta cómo tuvieron lugar unos hechos que, en su día, y aun posteriormente se vieron envueltos en un interesado silencio político-eclesiástico, a consecuencia de haber dado pie a un conflicto agudo de competencias entre las autoridades clericales y las emanadas del poder regio. En medio de ese litigio, hasta la imagen de Carlos III se viene abajo al transigir en componendas impropias de tan ilustrado representante de la Ilustración.

Las vicisitudes de la pesquisa del joven Vargas nos sitúan, a su vez, en los lindes de la novelística de intriga, o policíaca. Para este género parece estar bien dotada María Regla Prieto, porque sabe dosificar con maestría las informaciones esparcidas en la novela, escondiendo o anticipando a veces los hilos de la historia para que reaparezcan situados en los puntos que más sirven al creciente interés y suspense del relato, que finaliza de un modo tan inesperado como sorprendente. Uno de los recursos más conseguidos es el del perspectivismo, en virtud del cual se presenta una misma realidad desde distintos puntos de vista. En varias ocasiones recurre la novelista a esta técnica demostrando su hábil manejo del procedimiento.

Entre los personajes de la novela destacan sobremanera Francisco de Vargas y Fray Pablo de San Benito. Ya nos hemos referido al primero, en quien debe subrayarse su afán por conocer la verdad de los hechos criminales del fraile, le costase lo que le costase averiguarla. No obstante, en su pesquisa descubrió asimismo otra verdad, la de que ésta presenta múltiples caras y no existe en sí misma. Es más: se habría dado cuenta de que “intentar encontrar o descubrir la verdad de cualquier asunto está íntimamente unido a la búsqueda de la esencia indescifrable de nosotros mismos.” (380)

El carmelita, por su parte, resulta un individuo muy complejo. Este religioso, cuyos conocimientos de la obra de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz eran relevantes, lo que no dejaba de ser lógico, dado que pertenecía a la orden carmelitana, es presentado como un obseso del erotismo, un voyerista empedernido, un manipulador de las conciencias, incluida la propia, un cerebro enrevesado y demoníaco, un raro religioso que practica extrañas pláticas con Dios, a quien llega a inculpar, ensoberbecido, de las consecuencias de su conducta malévola. Con todo, y en contrapunto, en la última etapa de su vida, en tierra puertorriqueña, donde vivía encarcelado en el castillo de San Felipe del Morro, da compasión, amor y felicidad a la negra albina, de sobrecogedores ojos anaranjados, que atiende por el nombre de Esmeralda, la cual nunca antes había vivido esas sensaciones espirituales tan satisfactorias. En su etapa sanluqueña había quitado la vida a una joven inexperta que entendió que no podría arrebatarle su virginidad y que no se avendría a ser su amante. Si no era para él, tampoco sería para nadie, debió pensar en su fuero interno, aplicando uno de los crueles e inveterados códigos machistas. Para María Luisa fue un demonio. Para Esmeralda, un ángel.

Además de las personas físicas, la ciudad de Sanlúcar de Barrameda cobra también carácter de personaje en esta novela. La autora la conoce bien, a fuer de sanluqueña militante, y se nota en distintas oportunidades lo grato que le resultó referirse a ella, demorarse en sus perfiles y atmósferas, y deslizándose alguna que otra *laudatio*. A la vista de cómo le fue a Fray Pablo de San Benito en esa localidad, no es extraño que barruntase con acierto que iba a resultar su perdición. Menos protagonismo tiene San Juan de Puerto Rico, enclave excelentemente documentado. Quien conozca ese lugar caribeño se sentirá satisfecho con las informaciones que de él se proporcionan.

Respecto al modo de escritura elegido, la obra de María Regla Prieto se ajusta a los protocolos de estilo propios del realismo. Algunas de las páginas están muy trabajadas estilísticamente, y llegan a adquirir una gran calidad textual, e incluso por momentos poética, como en más de un pasaje de las cartas escritas por Fray Pablo de San Benito que leemos en el Preámbulo de la novela. Su talento para la descripción se pone de manifiesto en diversos sitios del relato, siendo ejemplar la *descriptio* que se hace de la negra albina en el fragmento VIII de la Primera Parte. Abunda en la novela el uso de la primera persona del discurso, así como variadas situaciones de diálogo. Por esas dos vías se retratan bien las distintas cartografías psicológicas de los personajes más relevantes, todos ellos perfilados con eficacia caracteriológica. Las escenas suelen resultar llenas de vida y los distintos ambientes epocales dieciochescos están recreados con mucha pericia.

José María Balcells